



Leopoldo Alas (Clarín)

Romano

¿Romano? Sí; o Romanos, si lo queréis decir en griego; pero entonces no digáis Sinesio, sino Sinesios también. ¿Y quién fue Romano? Hay muchos que lo saben, pero tal vez abundan más los que lo ignoran, y como para los más son estos trabajos, hablaré de mi héroe como si por completo fuera desconocido.

No lo es por completo, pero como si lo fuera, aun para muchos autores que parece que debían tener obligación de conocerle. Sanctus Romanus veterum melodorum princeps; así le llama J. B. Pitra al publicar por primera vez (primam in lucem) sus Cantica sacra, sacados de códices manuscritos del monasterio de San Juan, en la isla de Patmos, en el año del Jubileo pontificio (1888). Se trata, pues, de un santo poeta, melodo; y nada menos que príncipe de los poetas melódicos o melodo se le llamó por antonomasia. Es Romano el mejor, el más alto poeta cristiano entre los primitivos: Píndaro de la poesía rítmica le llama Bouvy; príncipe de poetas Pitra; Krumbacher opina que debe colocársele como gran iniciador de la poesía cristiana bizantina¹, a la manera que un Homero está a la cabeza de la poesía griega, y Dante al principio de la verdadera poesía italiana; y luego añade: «La historia de la literatura del porvenir acaso celebre a Romano como el más grande poeta eclesiástico de todos los tiempos». (Die Littereturgeschichte der Zukunft wird vielleicht den Romanos als den grósten Kirchendichter aller Zeiten feiern.-Véase Geschichte der Byzantinischen Litteratur.-München, 1891.)

¡El más grande poeta eclesiástico, además santo, y para los más

desconocido! La lectura ordinaria de un aficionado a las letras, aunque sea aficionado también a la devoción, no es fácil que le sugiera noticias de nuestro hombre. Como santo que fue... Sanctus Romanus, se os ocurrirá ir a buscarlo, por ejemplo, a la hermosa y muy extensa Leyenda de oro; trabajo inútil. Aunque estas «Vidas de todos los santos» reúnen los trabajos de Croisset, Butler, Godescard, Ribadeneyra y el Martirologio Romano íntegro, no busquéis allí a nuestro Romano, porque no aparece. En el índice general se asegura que en el día 24 de julio se ha hablado de un Romano... pero no hay tal cosa; en la Leyenda de oro se ha olvidado hablar de ese Romano que, de todas suertes, no sería el nuestro. La fiesta del Romano melodos es el día 1.º de octubre. Excusado es decir que de los ocho San Román de que trata la leyenda, ninguno es nuestro Romano. No busquéis tampoco sus himnos, con su nombre, en vuestros Eucologios, Horologios, etc. Allí hay rastros de su genio, pero sin su huella. El Dies irae, el sublime Dies irae, sublime a pesar del jarro de agua crítica que le echa Renan en su obra póstuma, el tomo V de la Historia de Israel, el famoso Dies irae, atribuido, y con justicia en cierto modo, al insigne Tomás de Celano, el noble, sencillo, inspirado historiador de San Francisco de Asís, es, a los ojos de peritos como Deutsmann, obra que ha tenido por modelo (als Vorbild) el himno de Romano al Juicio final. También el llamado «Himno ambrosiano», cuya redacción ha sido con verosimilitud, según Deutsmann, reputada por obra del siglo VI, parece, en parte, como reminiscencia de una poesía de Romano. Mas, pese a estas imitaciones, la gran poesía del mejor poeta eclesiástico no aparece en los libros de devoción, no ya de la Iglesia romana, lo cual se explica por causas generales y algunas particulares y concretas, sino que en el mismo Oriente, en la misma literatura de la Iglesia bizantina, se obscurece pronto la fama de Romano, el cual, con solemne ingratitud, es como desdeñado por los mismos griegos; en los libros litúrgicos bizantinos son preferidos al antiguo poeta cristiano, de más elevada inspiración que todos, los himnógrafos posteriores. Como caso especial se menciona el famoso Himno de Nochebuena, de nuestro poeta santo; himno que en Santa Sofía y en la iglesia de los Santos Apóstoles se cantaba en el coro cada año, por Nochebuena, todavía en el siglo XII.

Por lo que toca a la literatura profana, a la que debiera recordar al gran bizantino, si no por santo, por poeta, y poeta cristiano, tampoco se encontrará, en los libros que es corriente leer acerca de tales asuntos, noticias ni experiencias lejanas siquiera, las más veces. No acudáis a ciertos diccionarios biográficos de literatura ni a ciertas enciclopedias; ¡es inútil! Vapereau, por ejemplo, no sospecha la existencia de Romano. Gubernatis, que escribe cerca de dos docenas de tomos dedicados a una Historia universal de la literatura, para nada se acuerda del mejor poeta cristiano bizantino; ni le menciona en el tomo de la Historia de la poesía lírica, ni copia nada suyo en el Florilegio. César Cantú, que tiene en su Historia de la literatura griega muchos capítulos para la decadencia, para las letras greco-cristianas, y habla mucho de Gregorio Nazianceno, y copia sus inspiradas frases de amor ferviente religioso, y trata de Sinesio muy detenidamente, de Romano no sabe que existe. Yo no recuerdo que Chateaubriand se valga del mérito de Romano en sus famosos paralelos entre clásicos y cristianos del Genio del Cristianismo; en los

escritores y oradores extranjeros y españoles que cantan en elocuentes y eruditos párrafos las glorias de la Iglesia cristiana, yo no estoy acostumbrado a oír sonar el nombre de Romano cuando se habla de himnos y cuando se pone por las nubes, v. gr., el genio de Prudencio...

Romano, en general, es desconocido.

Gloria y fortuna es de León XIII que por él y para él, con ocasión de su célebre Jubileo, los *Analecta Sacra* hayan dado gran publicidad al mérito del poeta eclesiástico insigne. Verdad es que no es por casualidad y sin merecimientos tan buena suerte, pues no es digno de menos, quien, como el Pontífice liberal y noble que hoy gobierna la Iglesia, abre los secretos de la Biblioteca Vaticana a un sabio ilustre como Pastor, para que este pueda en su *Historia de los Papas*, honra de la ciencia histórica alemana, defender el pasado de la Santa Sede, no con apologías sistemáticas, sino con la verdad... casi desnuda, pues no son muchos los velos que el ilustre profesor de Inspruk echa sobre las fealdades morales de algunos siervos de Pedro.

* * *

Romano, el mayor poeta de la antigüedad bizantina, apenas es conocido, por lo que toca a su vida, más que por una leyenda religiosa que dice de él que: o horios Romanos, el santo Romano, vino al mundo en Siria, fue diácono en la Santa Iglesia de Beryto y fue a Constantinopla en tiempo del Emperador Anastasio: «Una noche, estando dormido, se le apareció en medio del sueño la Santísima Madre de Dios, y mostrándole un pergamino de los que sirven para apuntar los himnos del coro, dijo: *Labe jarten cai catafague auton*, toma el pergamino y cómelo... Desde entonces Romano se vio favorecido por la gracia con el don de poesía, fue, de parte de Dios, el autor de los himnos de la Iglesia más altamente inspirados, más dignos de una fama que hoy reaparece tardía...

Vino a Constantinopla bajo el imperio de Anastasio, pero ¿qué Anastasio? Si fue el primero, hay que remontarse a los años 491-518, si fue Anastasio II, hay que venir al siglo VIII (713-716). Las opiniones en este punto, de real importancia, se dividen: Christ, profesor de Munich, y en cierto modo Jacobi, se deciden por el Anastasio más próximo a nosotros; Bouby se inclina a pensar que hay que suponer el sueño de la leyenda en época intermedia entre ambos Anastasios; Pitra y Stevenson prefieren creer que se trata de Anastasio el antiguo. Aquí no se puede tratar con detenimiento esta cuestión; baste decir que me parecen decisivos los argumentos con que Krumbacher, privat-docent en la Universidad de Munich, refuerza la última opinión, fundándose, entre otras razones, en que la leyenda no parece revelar el conocimiento de que existiera un segundo Anastasio; en que Romano, al cantar a la Virgen, no se vale de la multitud de atributos con que la nombra Sergio, himnógrafo de siglo posterior en que el culto de María había adquirido gran preponderancia. Hay más: Andrés de Creta, que vivió entre 650-720, parece ser que imita en cierto himno el hermoso Proemio de Romano; *Psuje mou, psuje mou, anasta, ti cazeudeis; to telos enguidsei...* Alma mía, alma mía, levántate, ¿por qué duermes?, el fin se acerca...

Por otra parte, la obscuridad que rodea la historia de Romano, esta falta de noticias relativas a tan notable poeta, no se explicaría, sería de extrañar, dice Krumbacher, si hubiera que suponerle contemporáneo de Juan

de Damasco. Entre los escritores religiosos no se explicaría este silencio por pura malicia, pues se trata de un poeta reconocido por santo y que tenía que aparecer simpático a los defensores de la veneración, cada día más exaltada, de la Theotocos de la Madre de Dios. De los escritores profanos, sólo Suidas alude a Romano o melodos; en cuanto a los comentaristas de la poesía religiosa, Zenaras, Prodomos y Gregorio de Corinto, no parece que sospechen siquiera la existencia de tal poeta; toda su atención y admiración la consagran a Gregorio Nazianceno, Juan de Damasco y Kosmas.

No importa; si Romano aparece aislado tal vez por falta de noticias referentes a sus precursores; si después otros himnógrafos se llevan toda la fama que él merece, los peritos aseguran que el mérito supremo a él le queda. Krumbacher habla del valor objetivo de su obra, representación poética, lírica, sí, pero real, no de pura idealidad personalísima, sino propia para expresar la común creencia, el sueño místico, la epopeya fantástica de todos los creyentes. Para cada fiesta cristiana, para cada momento capital del dogma, tiene Romano su himno, en el cual no eclipsa el fervor lírico, el subjetivo transporte, la plástica representación que importa señalar para alegría, edificación y entusiasmo de los fieles que han de oír el cántico sagrado. Y al mismo tiempo, aunque los asuntos se los dan hechos la tradición eclesiástica, la fe común, el culto, en ellos brilla su originalidad, su inspiración elevada, su pensamiento y sentimiento profundos.

Léase ahora lo que el citado Bouvy, cuya fina crítica ensalza el profesor de Munich, dice de nuestro poeta bizantino:

«S. Romano es el primero de los Melodas por el genio poético. Sus obras representan el himno litúrgico, o más bien el drama religioso, en su perfección. Imaginemos al cristiano de hinojos, al monje en oración, al santo en éxtasis: ante sus ojos van pasando las grandes figuras de uno y otro Testamento; ve los patriarcas y los profetas, los oye y medita sus palabras; contempla al Salvador de los hombres y a su Madre, a los apóstoles y a los mártires; asiste como testigo atento y entusiasta a todos estos acontecimientos del pasado, cuyo héroe es el mismo Dios. Esta contemplación del mundo sobrenatural excita sus potencias, exalta su mente y su corazón. Prorrumpen en actos de adoración, de alabanza, de gracias. Si dais al que así contempla, para interpretar lo que ha visto y oído, ritmos fáciles, graciosos, armoniosos, populares, y por alimento el fuego sagrado de su genio al incomparable auditorio de las basílicas orientales; si vuestra imaginación puede remontarse a tal hombre, no en Atenas, ni aun en Constantinopla en tiempos de San Gregorio y de San Crisóstomo, sino en Bizancio, en el verdadero Bizancio de los bizantinos; si le veis subir al ambon (púlpito en el coro) de Santa Sofía en Nochebuena, después de un sueño milagroso, y si oís el preludeo de su gran cántico

He parzenos sémeron
ton huperonsión tiktei...
(La Virgen hoy
lo supersustancial parió:
y la tierra a una cueva

lo inaccesible atrajo...)

no admiréis todavía, esperad hasta el fin, dejad que se desenvuelva la majestuosa serie de las veinticinco estrofas (tropaires, dice Bouvy). No juzguéis siquiera por un solo cántico, seguid al Meloda en todas las fases del ciclo sagrado, desde la fiesta de Esteban, el primer mártir, hasta las solemnidades de las Pascuas, la de la Ascensión, la de Pentecostés, y acaso concluiréis pensando y diciendo que el cristianismo no debe envidiar a la antigüedad ninguno de sus poetas líricos».

Y ¿qué nos queda de este gran poeta cristiano? Según el autor de la leyenda, produjo cerca de mil composiciones (contaquias), pero aunque esta suma sea exagerada, si, como dice Krumbacher, poseemos todavía, a pesar de la gran pérdida que hay que lamentar de tan interesantes producciones, cerca de 80 himnos, supone esto una actividad poética considerable.

* * *

Aun después que por la imprenta se divulguen los himnos de Romano, y aun después de que sean traducidos (con lo cual perderán infinito), es probable que su fama no se extienda todo lo que fuera justo. Lucha, primero, con el misoneísmo, odio a lo nuevo, que en materia de celebridades es evidente; los apologistas de púlpito, Revista y periódico han de acostumbrarse difícilmente a salir de los tópicos seculares de sus alabanzas para admitir al lado, por lo menos de los Naziancenos, Prudencios, etc., etc., a este nuevo poeta cristiano.

Pero además, ha de perjudicar no poco a Romano el pertenecer a la literatura bizantina, la cual, fuera de unos cuantos hombres que, gracias a la Iglesia, han recibido absolución general, lleva consigo cierto estigma de inferioridad que los más no se explican ni saben en qué puede consistir, pero que ha pasado en autoridad de cosa juzgada por la gran jurisprudencia popular de las frases hechas. Hoy se llama bizantina a cualquier cosa que se quiera despreciar como decadente, viciada, de poco momento y de complicación inútil; y en arte, en poesía, en historia, en política, en todo, se juzga en montón, por una palabra y en una palabra, cosas que a veces son excelentes y bien distintas de aquellas con que se las agrupa.

En el arte bizantino, que después de haber estado en auge, rechazan ya los más, no queriendo, por ejemplo, que haya influido en la arquitectura de este y el otro país occidental, ha tenido, sin embargo, no poco que aprender e imitar más de un país que hoy desdeña tales relativos orígenes; Bayet, huyendo de exageraciones en uno y otro sentido, reconoce en su Art Byzantin (Ed. Quantin), primero: que no ha habido en tal arte la uniformidad constante que se le atribuye, y que ha tenido épocas de ensayo, de desarrollo, de florecimiento y de decadencia; además, durante varios siglos, el arte de Bizancio brilló sobre la Edad Media. La civilización de Constantinopla se extendió hasta muy lejos, por todas partes, y si no hay que ver ni el arte gótico ni el florentino, cuando llegan a su esplendor, como debiendo al bizantino su gloria, tampoco se ha

de negar, en justos límites, la influencia de los maestros de Oriente.

En literatura, en filosofía, en ciencias, en la vida política y militar, épocas hubo en Constantinopla de verdadero florecimiento, de vida normal y rica en elementos de cultura estable y sana, como, v. gr., bajo la casa macedónica (867-1057).

El bizantinismo vale más estudiarlo, para hacerle justicia, que considerarlo sólo con una palabra que es un sambenito, y a los más les ahorra todo género de investigaciones.

No se olvide que bizantina es, en su última forma, la llamada actual, la legislación que ha sido y es en gran parte como una especie de derecho universal, racional, en la civilización a que pertenecemos; pues el derecho romano bizantino es el que inspiró muchos Códigos actuales europeos, los americanos, como el famoso de Livingston, y es la ley que rige todavía en gran parte la vida civil de pueblo tan importante como Alemania. No se olvide que la religión cristiana misma es en gran parte bizantina por sus dogmas, por sus concilios, por sus liturgias, por su arte, por sus historiadores y apologistas, y por sus poetas como Gregorio, Sinesio... y Romano.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

